

Siente, sueña y ama (capítulo 1)

Marisol Gallardo



Image not found.

Capítulo 1

ESPERANDO EN EL ANDÉN DEL TREN

Era un día gris, empezaría a llover de un momento a otro. Debía estar a las diez en la estación de tren, bajé corriendo las escaleras: el taxi me esperaba.

Salí y me detuve unos instantes. Ese olor tan particular; olía a tierra mojada. Comenzaban a caer las primeras gotas y me apresuré, no quería llegar tarde. Me había levantado muy temprano para alisarme el pelo y maquillarme. Quería impresionarle.

—Por favor, tiene quince minutos para llevarme a la estación de tren. No puedo retrasarme. —Tranquila, llegaremos —contestó con voz pausada. Me sentía tan nerviosa que abrí un poco la ventana; necesitaba respirar el aire fresco de la mañana. No podía hacer otra cosa más que mirar el reloj y los semáforos en rojo. «No llegaré a tiempo. ¿Y si cuando me vea no me reconoce? Ha pasado demasiado tiempo», pensaba.

—Señorita, hemos llegado a tiempo ¡y en menos de quince minutos! Exactamente, en catorce minutos —Muchas gracias, señor. —Mis manos sudaban y mi cuerpo entero temblaba. En pocos segundos, estaría frente a él. Estaba

tan nerviosa que no encontraba el dinero y revolví todo el bolso hasta dar con él—. Tenga y quédese con la vuelta.

—Gracias. Que tenga un feliz día, señorita. —Igualmente, y gracias por conseguir que llegara a tiempo...

Bajé rápido del coche, empecé a correr, sintiendo las gotas sobre mi piel. Llegué al andén, pero aún no había llegado el tren, así que me senté en uno de esos viejos bancos que descansaban cerca de la puerta. Estaba inmersa en mis pensamientos: recordaba el día en el que nos conocimos. Cuando escuché por megafonía: «Próxima llegada del tren procedente de Madrid».

A lo lejos, vi cómo se iba acercando. Sentía como el latido de mi corazón se aceleraba por segundos. Se me hizo interminable la espera.

No habrían pasado más de cinco minutos cuando comenzaron a bajar los viajeros.

Y allí estabas tú. Siempre me pareciste el hombre más atractivo del mundo.

Parecía que no hubiera pasado el tiempo, aunque, de aquello, hacía ya demasiados años. Aquel día fui a despedirte, pero no llegué a tiempo. Estaba a unos pasos de ti. Me acerqué y te sonreí, ni tan siquiera me reconociste. Te agachaste y levantaste a una pequeña entre tus brazos, en aquel instante supe que te había perdido para siempre.

«No puede ser, nadie me dijo que se hubiera casado», sonó en mi interior.

Me sentí desilusionada, triste; quería salir de allí cuanto antes. Di media vuelta y comencé andar deprisa, tan deprisa que no vi a una niña que estaba justo a mi lado y casi nos caemos las dos.

Cada vez llovía más, ¿pero qué importaba? Corría entre la gente con el único deseo de llegar a casa.

¡Qué estúpida fui! Para él solo había sido una aventura de verano. No sé bien si fue la lluvia o fueron las lágrimas en mis ojos lo que impedía que pudiese ver con claridad.

Llegué a casa y subí hasta mi habitación. Me quedé paralizada tras la puerta; no podía reaccionar. Caí sobre la cama llorando como una colegiala. Al instante, entró mi hermana, como todas las mañanas, a darme los buenos días.

—¡Estás empapada! ¿De dónde vienes así? Estás loca. Quítate esa ropa ahora mismo y la pondré a secar —Paró en seco y se acercó a mí—.

Espera. Mírame, Lucía. ¿Por qué estás llorando? ¿Te ocurre algo? —Tú lo sabías, ¿verdad? —Que yo sabía, ¿qué? No te entiendo. —Tú sabías que se había casado y nadie me lo dijo. —¿Quién se ha casado? Cálmate y cuéntame, que me estás preocupando. —Ayer, durante la cena, escuché a papá decir que Miguel llegaría hoy, que ocuparía una plaza en la fábrica. Decidí ir a esperarlo a la estación de tren y acompañarle hasta casa.

Un silencio se apoderó de la habitación.

—¿Y qué pasó? —se interesó mi hermana. —Pues eso, que no debí haber ido —dije, haciendo énfasis en cada palabra—, ni tan siquiera me reconoció, y cuando me fui a acercar a él, tenía a una niña entre sus brazos. No sabía qué hacer y salí corriendo para casa —¿Volviste corriendo? Estás loca, hermanita. Es normal que no te reconociera; ha pasado mucho tiempo y tú eras una jovencita muy alocada. Además, ¿qué más da que esté casado o no? ¿No me dirás que sigues enamorada de él? —La miré a los ojos, haciéndole ver que había acertado—. Lucía, ¡estás loca!, tienes novio y un futuro junto a él. Miguel es el pasado.

—Lo sé, pero no he podido evitar ir hasta allí y cuando le vi

—hice una pausa y tomé aire—volví a sentir esas mariposas en el estómago. Como hace diez años, cuando llamó preguntando por papá.

—Chicas, bajad a desayunar. Tenemos invitados. —Diles que estoy enferma —le supliqué a mi hermana—, que tengo fiebre. Invéntate cualquier excusa. —Quítate esa ropa mojada y sécate el pelo. Vamos a desayunar y déjate de tonterías, ya no eres una niña —ordenó. —No bajaré. Desayunad sin mí, me voy a dar una ducha y me quedaré en mi cuarto. No quiero verle —manifesté—, estará con su esposa y su hija, no podría mirarle a los ojos, se daría cuenta de que sigo enamorada de él como hace diez años. —Está bien, como quieras. Pero tú ya tienes una vida y eres feliz, ya va siendo hora de que entierres el pasado. —Antes de cerrar la puerta la miró y le dijo—: Solo te traerá problemas.